

BETANCOURT, SU JUVENTUD Y SU VEJEZ

Por PEDRO GARCIA ORMAECHEA Y. CASANOVAS

Doctor Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

Entre los actos celebrados en el Puerto de La Cruz para conmemorar el ciento cincuenta aniversario de la muerte de Betancourt, tuvo lugar la conferencia que se publica a continuación, pronunciada por su autor, que asistió ostentando la representación de la Asociación de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos y la del Colegio profesional. Omitimos el exordio por ocasión y circunstanciado.

Conmemoramos aquí, donde Betancourt nació, el ciento cincuenta aniversario de su muerte, y estas dos circunstancias, nacimiento y muerte, condicionan mi conferencia, en la que desearía reflejar el fuerte contraste entre los primeros años vividos en este Puerto, rebosante de ilusiones, alentado por sus paisanos, y los dos años finales, tocado de amargura, vencido por la envidia de los extraños en el lejano San Petersburgo.

Nace Betancourt a mitad del siglo XVIII, llamado también el siglo de las luces, que está marcado por el espíritu de la Ilustración. La Ilustración es una consecuente evolución natural del Despotismo ilustrado, que se supera cuando los filósofos, artistas y científicos emprenden por sí mismos la tarea del conocimiento, sustituyendo a los gobernantes.

En nuestro país, en el momento en que empiezan a aparecer los personajes que podrían perfilar la Ilustración española —entre los que se destaca Jovellanos como el más notable—, los acontecimientos políticos, tanto internos como europeos, del comienzo del siglo XIX, colapsan esta posibilidad. Yo entiendo que aunque la Ilustración española no llegó a producirse, Betancourt tiene un puesto importante en ella, porque es un fruto de la Ilustración francesa, formado en París en la amistad de los enciclopedistas. Sin embargo, podríamos afirmar que su afición científica, su predisposición vocacional, la adquirió desde su más tierna infancia en su propia tierra natal, al respirar el aire culto del ilustrado círculo tinerfeño en que vivía su padre.

Es sabido que en España aparecen de forma característica unos brotes modestos, aunque pomposos, de la corriente cultural de la Ilustración. Me refiero a las Sociedades Económicas de Amigos del País. La primera que se funda es la de Vergara, en Guipúzcoa, en 1764. Van surgiendo otras y se crea la de La Laguna, que es del 15 de febrero de 1777, a poco más de un año de la de Madrid y copiando

sus estatutos. Pero las Sociedades Económicas de Amigos del País no nacen por generación espontánea, sino como transformación de tertulias cultas que se habían hecho notar anteriormente, y si la sociedad de Vergara surge de la tertulia del Conde de Peñaflores y sus amigos los Caballeritos de Azcoitia, la sociedad de La Laguna tiene su origen en la sonada tertulia del Marqués de Villanueva del Prado, de la que es puntal D. José de Viera y Clavijo, nacido en el Realejo de Arriba, donde se eleva su busto, quien más adelante será Arcediano de Fuerteventura y tendrá a gala aparecer como un abate dieciochesco. De la tertulia forma parte el padre de Betancourt, D. Agustín de Betancourt y Castro, y el hermano de su madre D. José de Molina, quinto Marqués de Villafuerte. Forma en ella también un notable personaje: D. Lope Antonio de la Guerra y Peña, natural de La Laguna, que a los veintidós años empieza a escribir unas Memorias, muy continuadas y completas durante un lapso de veinticinco años, y con noticias esporádicas durante siete años más, memorias que proporcionan una curiosa información, aprovechable si queremos ambientar los años portuenses de Betancourt, puesto que las Memorias comienzan en 1760 cuando Betancourt tiene dos años. Cuando la Sociedad Económica se crea, Betancourt tiene diecinueve años, por lo que es la tertulia la que alimenta la primera curiosidad de Betancourt.

No eran las Canarias unas islas afortunadas en la mitad del siglo XVIII, pues los frutos no tienen salida ventajosa y están cargados de tributos; con ocasión de la guerra con Inglaterra en 1762 se llega a pasar hambre, por lo que en Lanzarote se comen los burros y los perros y en Santa Cruz se reúne a 1.400 pobres para alimentarlos de limosna; el comercio con las Indias decae por la libertad concedida a los puertos de la península, libertad que se consigue para las Canarias en 1772; son frecuentes las malas cosechas, y la felicidad de los isleños depende de los avatares del comercio del vino, no escaso, puesto que algún año faltan pipas para almacenarlo.

La producción principal es de papa (patatas) con dos cosechas al año, siendo la veranera mejor para semilla; la de trigo sólo cubre la necesidad de una tercera parte del año, recibiendo el resto de Fuerteventura y Lanzarote. Se produce millo (maíz) para la gente pobre, pocas legumbres entre garbanzos, judías, arvejas (algarroba), lentejas y habas. En Canaria —con referencia a la isla de Gran Canaria— se cosechan muchas judías, que van a España, dice D. Lope, y esto me permite observar que a los peninsulares se nos acusa con disgusto de decir “España” por “la península”, pero advertido sobre ello no es raro oírlo a los propios canarios, y desde luego se lee con frecuencia en las memorias de Guerra y Peña. Cita los perales de Tegueste y la abundancia de castañas en La Orotava. Dice que la seda va en aumento cada año y que el lino es poco, áspero y de mala calidad, y con más que se trae de fuera se tejen lienzos bastos, calcetas, gorros, fajuelas y encajes. En Candelaria se fabrica alguna loza artesana.

Tenemos, pues, que convenir con D. Lope que realmente no era muy brillante el panorama económico de Tenerife.

La capitalidad de la isla estaba establecida en San Cristóbal de La Laguna —hoy La Laguna, habiendo perdido el santo—, cuyo puerto había dado origen al barrio de Santa Cruz de La Laguna, al igual que el Puerto de la Orotava, como se llamaba entonces a este Puerto de la Cruz, era el barrio portuario de La Orotava. Pero los dos barrios portuarios habían superado con creces a las dos ciudades a que servían, como se evidencia al considerar que en 1780 —a los dos años de

ausentarse Betancourt— mantiene la isla una balandra inglesa de que se ha apropiado con ocasión de la guerra de la independencia norteamericana, y para ello aporta Santa Cruz la mayor cantidad, 4.000 pesos; le sigue con 2.000 pesos El Puerto, dando también 2.000 pesos el Cabildo de la isla y el Cabildo eclesiástico, pero no aportando más que 1.000 pesos cada una de las dos ciudades de La Laguna y La Orotava. No era difícil profetizar que la capital de la isla acabaría en Santa Cruz y que el Puerto se llegaría a independizar de La Orotava. También dice D. Lope que había hasta unos 30 lugares bien "arruados", es decir, con calles arregladas.

Era, pues, el Puerto de la Orotava la segunda población de la isla, y en ella vivía el padre de Betancourt, en una casa que tenía vistas a la plaza de la iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia, ya que desde sus balcones la tertulia del Marqués de Villanueva del Prado gozó, en 1765, de los fuegos, carros y libreas que estaban prevenidos en la plaza la víspera de la fiesta del Gran Poder de Dios, cuya procesión al día siguiente, domingo 14 de julio, vieron los contertulios desde la misma casa.

Es sabido que D. Agustín, padre, en 1755 contrajo matrimonio por poder en La Orotava con D.^a Leonor de Molina. Los matrimonios por poder eran frecuentes, igual que los matrimonios celebrados en secreto y anunciados después, y nos dice D. Lope Guerra que así se hacían los de persona de alguna formalidad, por excusar gastos y etiquetas, lo que a mi juicio es señal de una difícil economía, de que era también exponente que el principal papel lo hacían los mercaderes y comerciantes con las Indias.

Nace Betancourt el 1 de febrero de 1758 y sale de las islas a fines de 1778, con cerca de veintiún años de edad. Las distintas biografías publicadas dan a conocer los pocos datos ciertos que se conocen de su infancia, adolescencia y juventud, algunos tomados de las cartas que desde Rusia escribiese a sus hermanos, y recogidos por D. Alejandro Cioranescu en su profundo estudio sobre la obra científica y técnica de Betancourt.

Yo me voy a limitar, por no repetir lo sabido, a ambientar la época con datos marginales tomados de las memorias de D. Lope Antonio.

Es de creer que el niño se crió sano y fuerte, como lo prueba su vida de enorme actividad mental y física y su inquietud de infatigable viajero hasta poco antes de su muerte a los sesenta y seis años, yendo en los vehículos tan molestos de la época, que nos confirman su robusta complexión. No obstante, hasta los seis años —dice D. Lope— todos los muchachos padecían viruelas locas... y cuerdas, sarampión, paperas y sarna, enfermedades que eran tratadas con sangrías, purgas, ungüentos y ayudas, es decir, lavativas; y pasada esa edad, dolores de muelas, las que se sacaban a hierro, como ahora, pero sin anestesia.

El sarampión y la viruela eran epidémicos. Hubo una grave epidemia de sarampión en 1768, en que Betancourt tenía cuatro años, muriendo muchos niños y mujeres en sobreparto. Más frecuente era la viruela, que se presentó en 1759, al año de nacer Betancourt, y se repitió en 1780, después de irse Betancourt a la península. Precisamente en la epidemia de 1759 un médico inglés introdujo en el Puerto de La Orotava la inoculación (la vacuna), que fue de aplicación normal en la epidemia de 1780, en que, sin embargo, murieron 1.000 niños. Uno de los amigos de la Tertulia conservó unos hilos empapados en pus, y pasada la epidemia tuvo la valentía de coger a sus hijos, llevárselos fuera de La Orotava para que no pudieran contagiar a otros, e inocularlos, y salieron bien.

En cuanto a los tratamientos de las enfermedades se citan diversos casos en las memorias de D. Lope, alguno muy significativo de la época. Encontrándose en Daute la tertulia del Marqués, pasando unos días en casa de uno de sus amigos, un negrito criado de la casa se puso gravemente enfermo de un costado, y los ilustres tinerfeños echan mano de sus recuerdos o de sus notas y deciden aplicarle un emplasto de verbena, harina de centeno y yema de huevo, "según lo receta Solano de Luque", y mejoró en breve. Otro de los amigos, estando a la muerte por una indigestión de hongos, se curó con el álcali volátil fluido, que al fin y al cabo es amoniaco. No tuvo igual éxito el tratamiento copiado de los indios de Guatemala —sin duda porque no fue la tertulia quien lo aplicó— para curar llagas, encancerados, lazarinos (lepra) y galicosos (sifilíticos), consistente en tomar en píldoras una lagartija diaria, que da sudor, babeo y otros efectos. Se aplicó a un clérigo de La Palma, que estaba elefanciaco (elefantiasis, gran inflamación persistente), y a los ocho días se le quitaron las úlceras, le salió pelo y mejoró de palabra, por lo que llegaron a empildorarle hasta 50 lagartijas, y, claro, la palmó.

Parece que entonces eran tan peligrosos los tratamientos como las enfermedades.

¿Cuáles fueron los primeros estudios de Betancourt? Cuando los niños empezaban a tener discernimiento los enviaban a casa de unas Amigas para aprender a leer en letra impresa y manuscrita. La Amiga no era una amiga de la familia, sino una profesora de niños, así llamada. Góngora, D. Luis de Góngora y Argote, en un conocido romancillo, un siglo antes, hace decir a un niño dirigiéndose a su hermana: "Hermana María —mañana que es fiesta no irás tú a la Amiga— no iré yo a la escuela". Es de creer que también existiese alguna Amiga en el puerto de La Orotava.

Don Lope Guerra, a los seis años, fue en La Laguna a la escuela de un Padre agustino que enseñaba en su celda a un grupo de 12 niños, y lo primero que hacía era quitarles el gagueo y sonsonete que habían cogido en las Amigas.

No puede servirnos D. Lope, que inició la carrera eclesiástica y siguió la de letras en La Laguna, como ejemplo de lo que hiciera Betancourt en El Puerto, teniendo en cuenta que se orientó por las matemáticas. Precisamente con motivo de la expulsión de los Jesuitas decretada el 17 de febrero de 1767, fue incautado el Colegio de la Compañía en La Orotava, y con sus bienes se creó un Seminario de Matemática, Filosofía moderna y Teología moral y dogmática, habida cuenta de la gran falta de maestros en la isla para estas materias e imposibilidad de salir a aprenderlas. Entonces tenía Betancourt nueve años, por lo que es posible que allí se iniciase en la matemática.

Su padre, capitán de infantería y hombre instruido, los amigos de la ilustrada tertulia y su trato con la gente de oficio y artesanos, van completando su aprendizaje. Hay que admitir que Betancourt tenía excepcional facultad innata para la mecánica y el dibujo, una gran destreza manual y que disfrutaba con cuanto respondía a su vocación científica, según iba conociéndolo en el círculo de su padre.

El día 3 de junio de 1769, en una azotea del Puerto de La Orotava, su padre con varios amigos, entre ellos D. José de Viera y Clavijo que nos lo cuenta, contemplaron el paso de Venus sobre el disco solar, y nos podemos imaginar a Betancourt de once años viendo el fenómeno con un cristal ahumado, tiznándose los dedos y la nariz, pidiendo repasar el cristal en el humo de una lámpara de aceite

y oyendo la docta explicación de los mayores. En agosto del mismo año pasa un cometa, y en el siguiente, una aurora boreal se manifiesta sobre La Laguna.

¿Tuvo acaso conocimiento a los catorce años de que un soldado que vino en el Regimiento de América había construido en La Laguna un órgano de registros, que se instaló en la parroquia de Los Remedios de dicha ciudad? ¿Es que al menos no se plantearía la decisión de poder llegar a hacer cosas como las que hacía ese soldado?

Poco después un oficial francés en 1775 fundió en La Laguna dos campanas, una de 36 Qm para la Parroquia de La Concepción, y otra de 44 Qm para la de Los Remedios, y luego las montó en sus campanarios. Si esto lo vio Betancourt con diecisiete años, pudo bien recordarlo cuando se ocupó de la fundición de cañones o cuando elevó las pesadas columnas de piedra de la iglesia de San Isaac, en San Petersburgo.

Mayor acontecimiento fue la llegada a Tenerife del Caballero de Borda, Teniente de Navío francés, miembro de la Academia de Ciencias de París, que venía a determinar mediante observaciones astronómicas la correcta situación del archipiélago canario, el de las islas de Cabo Verde y algunos puntos de la costa de Africa. El Caballero de Borda montó su tienda de campaña en el muelle del puerto de Santa Cruz de La Laguna, y desde ella hizo sus observaciones, entre otras la de un eclipse de luna el 30 de julio de 1776 en que Betancourt tenía dieciocho años. ¿La Tertulia entabló relación con el sabio? No lo dice D. Lope, pero se puede creer que los ilustrados tinerfeños fuesen a ofrecerse a su disposición y de paso a fisgar lo que hacía. Lo que sí ocurrió es que con el tiempo conoció a Betancourt, pues este mismo Caballero de Borda, catorce años más tarde, junto con el famoso matemático Monge y el físico Brisson darán su informe favorable por encargo de la Academia Real de Ciencias de Francia para que ésta publique en la colección de sabios extranjeros la "Memoria sobre la fuerza expansiva del vapor de agua", que presentará Betancourt en París en 1790.

La industria de la seda era la más floreciente de la isla y muy desarrollada en el lugar. El cultivo del gusano, la recolección del capullo, el hilado de la hebra, el funcionamiento del telar, los dibujos y teñido del tejido, tienen aliciente para ir aficionando a Betancourt desde niño. Además, en toda la zona de Icod, y es sabido que en Garachico y La Rambla tenían hacienda los Betancourt, se cultivaba la morera y hay que suponer que frecuentaría con sus hermanos algún taller, en trato corriente con los operarios. Es curioso que el Obispo, con ocasión de una visita pastoral a Tenerife en 1776, pues la diócesis era una sola para todo el archipiélago y tenía la sede en Las Palmas, poda un moral en Icod para enseñar a los naturales. Tiene Betancourt dieciocho años, y dos más tarde inventará la máquina epíclindrica para hilar la seda.

Era nuestro Betancourt el segundo de los ocho hermanos. El primogénito José, como heredero del mayorazgo de los Castro, tenía el porvenir asegurado, y centraba la atención y cuidado de los padres. José fue un personaje de nota, y hubiera tenido mayor fama de no haber sido eclipsado por su hermano Agustín. Los segundos estaban en una manifiesta situación de inferioridad respecto al hermano mayor, y por lo general cualquier gasto que pudiese producir un hijo segundo se consideraba superfluo, como comenta con cierta ironía D. Lope, que estaba en igual caso. Tal vez esto orientase la profesión de Betancourt hacia las armas, entrando como cadete en las Milicias provinciales a los diecinueve años. Estas Milicias eran

unas fuerzas militares mantenidas por las provincias que las creaban, con independencia de las mantenidas por la nación y de las milicias urbanas mantenidas por los municipios, sujetas todas a la disciplina y mando militares, como integrantes conjuntamente del ejército.

Había cinco regimientos en la isla desde la reorganización de seis años antes, en que se les impuso una disciplina militar: de La Laguna, cuyo Coronel era el Marqués de Villanueva del Prado; de La Orotava —en que entró Betancourt—, al mando del Conde del Valle de Salazar, donde era Capitán D. Antonio de Monteverde, que casará con una hermana de Betancourt; de Garachico, cuyo Coronel era el tío de Betancourt, D. José Molina, Marqués de Villafuerte; de Abona, con D. Antonio Benítez de Lugo, como Coronel; y de Güimar, al mando del Coronel D. Diego Messa y Ponte, quizá pariente por las dos ramas.

El uniforme de las milicias provinciales, igual para las de toda España, con que Betancourt se luciría por el Puerto y vistió en los exámenes de los Reales estudios de San Isidro en Madrid, había sido estrenado con motivo de la proclamación de Carlos III en 1760, y tenía casaca, chaleco y calzón, blancos; forro, vuelta en la manga con portezuela, solapa y cuello, encarnados; y botones dorados con el nombre en relieve de su respectiva capital. No hay referencia a botas y sombrero. Betancourt, a los siete meses de servicio, ascendió a subteniente, y dos meses después a teniente, y a los tres meses de este grado, en julio de 1778 tiene lugar la Información de nobleza que ha dado a conocer D. Antonio Rumeu, en la que declara nuestro amigo D. Lope Antonio de la Guerra y Peña, y es evidente que se formula para que Betancourt pueda aparecer con más prestancia en la Corte de Madrid a la que se prepara a marchar, gracias a la actuación de diversos amigos, entre los que desempeñan papel preponderante los hermanos Gálvez, muy relacionados con Canarias.

Eran los Gálvez naturales de Málaga, y uno de ellos, D. Matías, llegó a Tenerife con su mujer, una sobrina y un sobrino, para administrar la hacienda de la Gorvalana, donde plantó unas parras de barra y fabricó el primer lagar de piedra que hubo en la isla, ganándose a las gentes con su trato y entrando a formar parte de la Tertulia del Marqués de Villanueva del Prado. Ocupa sucesivamente los cargos de Administrador de la Aduana del Puerto de Santa Cruz, Capitán de una de las compañías fijas de artillería allí emplazadas y Administrador de la Renta de Tabaco. Va a la Corte, y ayudado por sus hermanos D. José, entonces Consejero de Indias, y D. Miguel, Consejero de Guerra, en diciembre de 1775 es nombrado Castellano o Gobernador de la fortaleza de Paso-Alto, lo que celebra trayendo el primer telar de medias que entra en las islas. Antes del año acumula el título de Teniente del Rey y Subinspector de las Milicias Provinciales, por lo que deja la Administración de la Renta de Tabaco, que da la casualidad que viene a desempeñarla su hermano D. Antonio, y otro año después asciende a Coronel de Infantería, grado en que le había adelantado su hijo D. Bernardo, Gobernador de La Luisiana en América, mientras su hermano D. José de Gálvez había pasado ya a Ministro de Indias. Encargado D. Matías de levantar un Regimiento para enviárselo a su hijo, lo acepta el Cabildo de Tenerife por considerar que allí se pueden repartir tierras y se podrán formar una colonia de canarios, como no ocurrió en La Habana, donde los soldados quedaron abandonados al terminar el servicio. En abril de 1778 D. Matías embarca para Honduras, y son tales sus servicios, que a los dos años asciende a Brigadier, siendo nombrado Capitán General del reino de Guatemala.

Así, pues, D. Matías Gálvez se ausenta de Tenerife unos meses antes de la salida de Betancourt para la península, pero las relaciones de la recién creada Sociedad Económica de Amigos del País de La Laguna con Madrid ya estaban bien atadas.

El propio D. Lope Guerra comenta en 1777, un año antes de salir Betancourt de Canarias, que en el Consejo de Indias están: D. Francisco Javier Machado, de esta isla, caballero de Carlos III, Contador General; D. Antonio Potier, natural de esta isla; D. Jacobo Huerta, de la de Canaria; y es Presidente, D. José de Gálvez, hermano de D. Matías, "de modo que el Consejo de Indias está para estas islas en un pie, que no se puede esperar mejor para conseguir cualquier gracia", y en 1783, seis años después y unos meses antes del primer viaje de Betancourt a París, dirá D. Lope que los canarios tienen interés en los adelantamientos de los Gálvez, que son unos protectores de los canarios. Este interés se vió satisfecho, pues los Gálvez se adelantaron, ya que D. Matías y su hijo D. Bernardo ascendieron a Mariscales (como sabemos, Brigadier venía a ser el actual General de Brigada y Mariscal el de División); D. Matías llegará a Virrey de Méjico, y D. Antonio es ya Teniente Coronel de Infantería, con un buen empleo en la Bahía de Cádiz.

Si a esta especial posibilidad del Consejo de Indias añadimos que D. Estanislao de Lugo y Molina, presbítero y primo (si no me equivoco) de Betancourt, dirigía los Reales estudios de San Isidro en Madrid, que era el centro más acreditado de la Corte en la enseñanza de la matemática, y el Marqués de la Florida, también canario, era el Viceprotector de la Real Academia de Bellas Artes (el Protector era el Secretario de Estado, a la sazón el Conde de Floridablanca), no puede ser difícil pensar cómo entre todos le organizan a Betancourt la posibilidad de ir a la Corte a estudiar en Bellas Artes y en San Isidro, y a servir en el Ministerio de Indias, donde más adelante la pedirán informe sobre las minas de Almadén, que dependían de este Ministerio, por emplearse el azogue en el beneficio de la plata de Indias. Y no olvidemos a D. Bernardo de Iriarte, también portuense, uno de los hermanos Iriarte, que era el Oficial mayor más antiguo de la Primera Secretaría de Estado y del Despacho, y, por tanto, de gran influencia cerca de Floridablanca.

Pues bien, D. Lope Antonio de la Guerra y Peña, cuidadoso de la noticia, nos da a conocer el viaje de Betancourt a la península, al contarnos que la viuda del Oidor D. José Cabeza de Vaca, muerto en Canaria, embarcó para España (textual) el 19 de octubre de 1778, en compañía de D. Bartolomé Hernández Zumbado y D. Agustín de Betancourt y Molina. Esta noticia concreta respecto a Betancourt vamos a completarla con otras que se refieren a las demás personas citadas, pues el 19 de octubre de 1778 no embarcan en Tenerife, sino en Gran Canaria.

Don Bartolomé Hernández Zumbado, natural de Canaria, había llegado a Tenerife en 1769 como Teniente de Corregidor y Alcalde mayor de la isla. Sustituido al cabo de nueve años y muy estimado por su actuación, solicita un informe favorable que le dan los Diputados para marchar a pretensiones a la península, y en posesión de este informe, el 1 de octubre de 1778 regresa a Canaria, llevando consigo a su mujer, D.^a María, con objeto de embarcar para la península en el mismo navío que la viuda del Oidor Cabeza de Vaca. "Salieron de dicha isla el 19 de octubre, y llegaron a Cádiz el 21 de noviembre, con treinta y tres días de navegación, mal tratados de comida en el viaje", como le escribe D. Bartolomé a D. Lope Antonio el día 2 de diciembre desde Cádiz, próximo a salir para Madrid.

Por tanto, sin que sepamos la fecha en que Betancourt sale de Tenerife para Ca-

naria —tal vez lo hiciese el 1 de octubre con D. Bartolomé y D.^a María—, lo que sabemos es que salió de Gran Canaria el 19 de octubre e hizo una pésima travesía.

El viaje directo desde Tenerife a la península había que hacerlo en el correo mensual establecido con paquebotes de la nación, con el enorme inconveniente de que rendían viaje en La Coruña, por lo que nadie quería usarlos, ya que el viaje a Cádiz con buen tiempo sólo duraba una semana, y hasta cuatro o cinco días, pero había que hacerlo en bajeles de mercancía y pasaje, de aparición ocasional. Por ello, preferían utilizar distintos navíos que cubrían servicio entre Gran Canaria y Cádiz, de menor porte que el paquebote, y, por tanto, más incómodos con la mar mala, como eran el bergantín de Mateo Salot, el navío de Lodín, la tartana de Margot, la Saetia catalana, algún jabeque y otros análogos, que todos ellos los va citando D. Lope a lo largo de sus memorias.

Betancourt, con veinte años de edad, recostado en la borda del navío, el día 19 de octubre de 1778 veía cómo las olas deshacían la estela del barco, borrando la huella de su juventud isleña, y lleno de confianza en sí mismo, ilusionado del futuro que el propio barco le abría, se sentía gigante como el Teide, a cuyo pie había nacido y cuya cúspide, que adivinaba distante por encima de la bruma, no volvería a ver más.

Hasta el presente era muy poco conocida la actuación de Betancourt en Rusia, y no por otro motivo que el de la lejanía de las fuentes rusas para los biógrafos españoles, con la dificultad del idioma, pero no por falta de material, que es abundante, porque además de una importante y vasta documentación guardada en los archivos de diversos departamentos oficiales, se dispone de dos series de memorias, que sólo dejan entre ellas un paréntesis de cinco años.

Es el ingeniero historiador de la ciencia de las máquinas, el Profesor Alejandro Bogoliúbov, quien nos desvela todo este material, y hemos de reconocer que la etapa vivida por Betancourt al servicio de Zar Alejandro I se conoce más a fondo que las anteriores etapas de su vida, que yo me atrevería a enunciar como la del Puerto de La Orotava, la del Ministerio de Indias, la de Francia e Inglaterra y la segunda de Madrid hasta su exilio. Bogoliúbov es Catedrático de Máquinas y Mecanismos de la Universidad de Kiev, es decir, en la materia de la especialización de Betancourt, y Académico correspondiente de la de Ciencias de Ucrania; hispanófilo, domina el castellano, y ha sido Profesor de Matemáticas en la Escuela de Jarkov, por la que han pasado los niños españoles que vivieron en la Unión Soviética durante nuestra guerra civil. Se ha sentido atraído por Betancourt, estudiando su figura y proclamando su papel principalísimo en la creación de la Cinemática.

El nos da a conocer ambas memorias, unas escritas por el superior que tuvo Betancourt al llegar a San Petersburgo, el General de Ingenieros Francisco de Wollant, holandés, y las otras, por el que es su leal Secretario durante los ocho años últimos de su vida, Félix Víguel, funcionario no técnico, francés. Estos dos autores, que conviven en estrecha relación con Betancourt en las etapas inicial y final de su vida en Rusia, dan las pinceladas humanas que colorean y matizan el frío texto de los documentos oficiales.

Francisco de Wollant llevaba veintiún años de servicios al Imperio, habiendo entrado de Comandante y siendo ya General de Ingenieros cuando llega Betancourt. Aunque lo recibe con recelo y escepticismo, en seguida reconoce que tiene un talento extraordinario en mecánica y en el montaje de fábricas, y que es un buen matemático, si bien desconoce los trabajos hidráulicos que se hacen en Rusia,

cosa admisible por la enorme diferencia de magnitud de sus cursos fluviales respecto a los españoles.

Felipe Víguel era funcionario del Ministerio del Exterior, que pasa al Servicio del Comité de Construcciones y Obras Hidráulicas que se crea en 1816 bajo la dirección de Betancourt, al que conoce entonces, quedando a sus órdenes inmediatas. A Víguel no le cae bien Ana Jourdan, la mujer de Betancourt, y dice que por suerte las hijas no se parecían a la madre, sino al padre, el cual, cercano a los sesenta años, prodigaba un cariño ilimitado a las tres: Carolina, Adelina y Matilde, llenas de gracia espiritual e intelectual, dando gusto oírles tocar el arpa o el piano y siendo un placer observar sus dibujos o verles bailar el fandango o el bolero. Betancourt, por cuyas venas —en opinión de Víguel— corría el calor del cielo tórrido bajo el cual nació, tenía buen corazón y carácter alegre, era un manantial de inteligencia y de conversación amena, y jamás abandonó su cortesía ni sus formas aristocráticas, incluso en los momentos de ocio en que realizaba trabajos manuales con tal destreza que superaba a los obreros mejores de cualquier oficio, creando herramientas y demostrando tal habilidad que cortaba un cabello a lo largo con una simple navaja de afeitar.

Este magnífico esbozo nos retrata un Betancourt tal como deseábamos que fuese.

No suponía ninguna excepción que Betancourt estuviese sirviendo al Zar Alejandro I, pues son muchos los extranjeros que actúan en su reinado, incluso en el campo militar y político, pero claro está que es en el campo técnico donde tenemos más noticia de esta colaboración, pues encontramos 12 franceses, a saber: 4 ingenieros militares, un arquitecto y 7 ingenieros de la Escuela Politécnica de París; 3 ingenieros militares españoles y un arquitecto italiano. Además, hay funcionarios, mecánicos, canteros y otros artesanos e industriales, también extranjeros.

A medida que el Instituto del Cuerpo de Ingenieros iba creándolos, se iban incorporando ingenieros rusos a los trabajos encomendados a Betancourt, que cosecha una continua sucesión de éxitos, acumulando cargos y ocupaciones. Este mismo exceso, la confianza que le concede el Zar, la envidia de los postergados por su encumbramiento, la cuantiosa inversión que precisaba la realización de sus planes y su condición de extranjero, que favorecía la oposición de sus contrarios al poder ocultar su resentimiento a la sombra de la nacionalidad, ponen rápido final, un final de dos años, a la ingente labor de catorce.

A mi juicio, la vejez de Betancourt ni siquiera alcanza a los dos años últimos de su vida, pues toda ella, desde su infancia portuense, es una constante creciente creación, que adquiere su plena madurez, su asombrosa madurez, en su etapa rusa, en que sin pausa, incansable, va vertiendo todo su saber científico, todo su conocimiento acumulado, toda su capacidad técnica, en una actividad que sobrecoge.

Cuando en enero de 1822 el Zar Alejandro I, que tantas pruebas de amistad, confianza y consideración le tenía dadas, en una seca entrevista insinúa a Betancourt que renuncie a su cargo de Director General de las Vías de Comunicación, algo se quebró dentro de Betancourt, quizá se sofocó el aliento que le animaba.

Pocas cosas duelen más que una traición. Un ingeniero ruso, el Mayor General Valiáshev, que Betancourt hacía años debió separar del servicio, pero que por bondad disimuló su falta, fue incapaz de asimilar este favor, imposible de corresponder, y para sacudirse la pesada losa del agradecimiento buscó la colaboración

del General de ingenieros Charbonnier, francés, que llevó las obras de la Sala de Ejercicios de Moscú, y urdió la intriga que vertió su veneno en el oído de Alejandro I.

En ese momento olvidada el Zar todos los servicios que Betancourt le había prestado, pero Betancourt, sin duda, los recordaría atropelladamente, como vamos a hacer nosotros.

Al instalarse definitivamente en Rusia en noviembre de 1808 —un año después de su primer viaje de tanteo— ingresó en el ejército ruso como Mayor General y fue destinado al Departamento de Vías de Comunicación, a las órdenes de Wollant. Antes del año ascendía a Teniente General y se creaba la Dirección General de las Vías de Comunicación —que comprendía los caminos y los canales—, en la que entraba como Consejero, en pie de igualdad con Wollant.

Ocupado todo el año en los canales de navegación y en la reparación de sus esclusas, en noviembre de 1809, a los doce meses de su llegada, se crea a su propuesta el Instituto del Cuerpo de Ingenieros de las Vías de Comunicación —Centro de enseñanza de la ingeniería civil imperial—, del que es nombrado Inspector y del que hace surgir un Cuerpo de ingenieros, cuya preparación compite con la francesa, dedicado a obras terrestres e hidráulicas, por lo que se le moteja de Cuerpo anfibio, apodo que acepta, adoptando una rana como emblema.

En 1812 Wollant es nombrado Director General de las Vías de Comunicación, y el Instituto se independiza de la Dirección General, quedando a las órdenes directas del Zar e igualmente su Inspector Betancourt, máxima autoridad del Instituto.

Pero sigue ocupado en todo tipo de trabajos, como el poner al día la fábrica de armas de Tula, para lo que tiene que hacer fabricar diversa maquinaria; como el de proyectar y dirigir la construcción de dos dragas de rosario, movidas a vapor, que prueba y mejora, empleando una en el puerto de Kronstadt, y la otra, en un canal. Durante la guerra con Napoleón su Cuerpo de ingenieros tiende 178 puentes, y después de la paz proyecta Betancourt otros en arco, de madera, que se construyen. Inundada Rusia de billetes falsos introducidos por el ejército francés, proyecta una fábrica de papel moneda, y a los cuatro años se han sustituido todos los billetes en circulación.

En fin, la necesidad de reconstruir y urbanizar San Petersburgo mueve al Zar en 1816 a encargar personalmente a Betancourt la organización de un Comité de Construcciones y Obras Hidráulicas, bajo la presidencia y dirección del propio Betancourt, que planea y levanta un San Petersburgo monumental, con criterio urbanístico y estético, para lo cual actúa a sus órdenes un nutrido grupo de ingenieros y arquitectos, reservándose él la catedral de San Isaac.

También en 1816 un incendio destruye las instalaciones de la feria de Makariev, donde todos los años, en el mes de julio, se celebraba el mercado de todas las comarcas unidas por el Volga, es decir, de todo el centro de Rusia, con salida al Oriente medio. Un nuevo Comité se hace preciso y también se pone bajo las órdenes de Betancourt, que el 1 de febrero de 1817 es informado del acuerdo de montar una nueva feria en Nizhni Novgorod, que había de inaugurarse en julio. Betancourt va personalmente y dirige los trabajos. La feria se inaugura en su fecha y es un éxito comercial, por lo que tres años después estarán completamente terminadas sus instalaciones definitivas, siendo el origen de la populosa Gorki actual.

Su vertiginosa celeridad en el trabajo la prueba de nuevo con la construcción de la Sala de Ejercicios de Moscú. Teniendo que ir el Zar en pleno invierno a

Moscú y no existiendo dónde maniobrar un regimiento de caballería, como no sea sobre la nieve, en seis meses Betancourt proyecta y levanta un edificio que será ejemplo y modelo durante muchos años, pues cubre con una cercha de madera un vano de 45 m; y todavía más, como por la prisa no se pueden traer de más lejos los troncos de la longitud prevista en el proyecto, tiene que adaptarlo a la longitud de los que se encuentran.

Por si no fueran bastante a la capacidad de Betancourt todos estos cometidos, a la muerte de Wollant, en noviembre de 1818, se le nombra Director General de las Vías de Comunicación, cargo acumulado al de Inspector del Instituto, pero ambos se mantienen como dos servicios independientes, la Dirección General bajo el Ministro del Interior y el Instituto directamente bajo el Zar, y ello continuando con el Comité de construcciones de San Petersburgo y el Comité de la feria de Nizhni Novgorod.

Imprime entonces mayor actividad a la Dirección General, estableciendo dos nuevas escuelas, la Escuela Militar de Construcciones y la Escuela de Ayudantes de vías de comunicación, para crear el personal técnico auxiliar del Cuerpo de Ingenieros, con lo que estructura una Brigada Militar Obrera del Destacamento de Construcciones.

Apoya al naviero ruso Evreinov, que desarrolla la navegación a vapor por el Volga, y formula un programa de carreteras, incorporando a la Dirección General las que tenían encomendadas las autoridades locales, en continuo abandono.

Cuando a finales de 1820 quedan completamente terminadas las obras de la feria, emprende un viaje por el interior del imperio de más de un año de duración. Desea presentar al Zar un informe redactado como fruto de su inspección directa, de todas las obras a realizar por su Dirección General, con objeto de potenciar la economía del país, ya que las comunicaciones son la infraestructura principal de toda economía.

Sobrecoge contemplar un mapa de Rusia y ver el viaje desde Nizhni Novgorod, siguiendo el curso del Volga, por Kazán y Astrakán hasta la desembocadura en el mar Caspio, el paso a través del Cáucaso al mar Negro, yendo por el puerto de Kerch en la entrada del mar de Azof a la península de Crimea, y tras la visita a Sebastopol, llegar a Odesa, en el mismo meridiano de San Petersburgo, a donde vuelve cruzando el imperio de Sur a Norte.

Su informe es pesimista; las asignaciones que reclama, desorbitadas. Buena baza para la oposición, capitaneada ya por el General Arakchéyev, favorito del Zar, quien gobernaba, que había ganado el ánimo de Alejandro I durante la ausencia de Betancourt.

Tan extraordinarios servicios, que suponían nada menos que la estructuración de la ingeniería del imperio y la dirección de todas sus varias actividades desde cuatro organismos, cada uno de los cuales hubiese bastado para justificar la presencia de una personalidad técnica, los volvía a olvidar el Zar unos meses después cuando con el pretexto de que por su condición de extranjero tenía muchos enemigos en el país, le deponía como Director General, nombrando a su tío, el Duque Alejandro de Wurtemberg como Administrador General de las Vías de Comunicación.

En poco más de un año el duque denigra cuanto puede a Betancourt, le desaloja de sus oficinas, inspecciona el Instituto del Cuerpo a pesar de que no depen-

día de la Dirección General, pues el verdadero y único inspector era Betancourt bajo la dependencia directa del Zar, cambia el régimen del Instituto, envía a Betancourt como a uno de tantos subordinados a reparar instalaciones, y le humilla de tal forma que Betancourt escribe al Zar rogando se le separe del Instituto, que él había creado.

Para confortar su ánimo, en el verano de 1823 se marcha a Nizhni Novgorod. Nos cuenta Víguel que el otro secretario, Rand, había comentado cómo la Dirección General de las Vías de Comunicación era un fastidio para Betancourt, mientras su juguete, su recreo favorito era la feria. Allí fue Betancourt buscando compensación a su amargura. Pero no la encontró, porque no tardó en llegarle la noticia de la muerte de Carolina, su hija mayor. Este fue el golpe que le faltaba. Volvió a San Petersburgo y presentó al Zar la dimisión de todos sus cargos, que le fue aceptada el 4 de febrero de 1824, recién cumplidos el día 1 sesenta y seis años.

Todavía había tenido tiempo de enviar al Director del Instituto el programa de una "Revista literaria científica del imperio ruso sobre vías de comunicación, editada por la Dirección General", que verá la luz dos años después de su muerte, siendo su obra póstuma.

Pero tantos disgustos, la desilusión del desvío imperial, la amargura de su postergación, el dolor de la muerte de su hija, anonadaron a Betancourt, venciendo las admirables cualidades de su carácter. Cinco meses después moría, atenazado por el horror de la inactividad, caso desgraciadamente frecuente en todas las épocas con los hombres de acción, esos que actualmente hemos dado en llamar ejecutivos.

El día 14 de julio de 1824, según el cómputo del calendario juliano, que es el 26 del nuestro gregoriano —fecha a que debemos sujetarnos—, una rimbombante orden del día firmada por el Duque de Wurtemberg, que tan despiadadamente le persiguió, comunicaba al Cuerpo de Ingenieros el fallecimiento de Betancourt, declarando el luto del Cuerpo y convocando a los Generales, Jefes y Oficiales al entierro de su Fundador y Jefe, dedicándole los elogios póstumos de rigor, de que son tan pródigos quienes los regatean en vida.

Si tenemos que dolernos de este final, hemos también de declarar que da mayor nimbo a la figura de Betancourt y que es inútil conjeturar respecto a su ausencia de España, pues entre nosotros no hubiese tenido la excepcional oportunidad que le brindó Alejandro I, por lo que no hubiese llegado a realizar la extraordinaria obra que le acredita y proclama como uno de los científicos que han impuesto la ingeniería en el mundo. En España se hubiese agostado entre las contiendas políticas, con las mudanzas pendulares de nuestra idiosincrasia, acechado más pronto por la envidia, en el triste tejer y destejer del desventurado reinado de Fernando VII.

Este insigne hijo del Puerto de la Cruz es el introductor de la ingeniería civil en nuestro país, creador de la Cinemática, sabio reconocido en París, capital entonces de la ciencia, e indiscutido árbitro durante quince años de la ingeniería y la arquitectura en el imperio ruso, por lo que es necesario que se estudie más a fondo su vida en España, donde es prácticamente desconocido, y consigamos ponerle en el privilegiado lugar que le corresponde en la vertiente técnica del movimiento de la Ilustración, que no llegó a alumbrar a nuestra Patria.